



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© Texto: 2018, Ana Campoy  
© Diseño e ilustraciones: 2018, Álex Alonso  
© De esta edición:  
2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.  
Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)  
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-265-1  
Depósito legal: M-31.991-2018  
Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: noviembre de 2018

Directora de la colección:  
Maite Malagón  
Editora ejecutiva:  
Yolanda Caja

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**Ana Campoy**

# **FAMILIA A LA FUGA**

**EN BUSCA Y CAPTURA**

**Ilustraciones de Álex Alonso**

loquele<sub>o</sub>



## LORENZO

Padre de los F.

Amante de la tranquilidad y de su familia. Lástima que MANDÍBULA quiera acabar con las dos cosas.

## NORMA

Madre de los F.

Artista del marketing y de los castigos creativos. Sus altas capacidades de organización han salvado a su familia de muchas situaciones complicadas.



## GINEBRA

Abuela de los F. Es la persona más exótica que puedas hallar en este expediente. Su lista de cualidades es demasiado larga como para reunirlos en esta ficha. Esconde más secretos de los que imaginas.





## MAYA

Hija mayor de la familia F.  
Fanática de la lectura y aspirante a actriz. Cada nueva identidad es un reto para ella.

## LUCAS

Hijo mediano. Tan optimista que se sale de la gráfica. Es capaz de adaptarse a cualquier situación. Alucina con los dispositivos de la AAA y sueña con que le dejen usarlos algún día.



## FIONA

Hija pequeña. Odia las injusticias y que le digan lo que tiene que hacer. Lleva fatal lo de cambiar de identidad; la que tenía antes le gustaba muchísimo.





Para Majo, Javi y Leia,  
mi familia favorita.





# CAPÍTULO 1

**E**s difícil contar una historia cuando no se puede decir mucho sobre sus protagonistas. Te prometo que es bastante complicado. Normalmente, cuando alguien empieza a escribir un libro, comienza explicando quiénes son sus personajes, dónde viven o a qué dedican su tiempo libre. Es un truco estupendo para que empieces a conocerlos y lograr que te caigan simpáticos. Pero mucho me temo que, en este caso, nada de eso es posible. Estoy atada de pies y manos. Créeme, es por tu bien. No estoy exagerando.

Hay muchas cosas que podría decirte sobre los F., el problema es que me está prohibido contarlas. A pesar de la imagen de ellos que has podido ver en la cubierta (llegaremos a eso más adelante), la familia F. podría pasar por una familia corriente. Sin embargo, si alguien cogiera unos prismáticos y mirara un poco más de cerca, se daría



cuenta de algo evidente: que los F. tienen un secreto. Y no uno pequeño, sino uno enorme, gigante, inmenso. Un secreto como un camión de grande. Y eso en una familia de bastantes miembros suele traer complicaciones.

10 Bien mirado, supongo que no importa si te cuento un poco de qué va la historia. Por una chispilla no creo que pase nada. Al fin y al cabo, el mundo es muy grande, casi tanto como el secreto de la familia F., y si alguien se propusiera encontrarte ahí, justo donde estás leyendo, puede que le resultara un poco difícil. La gente que lee cambia de sitio constantemente. Los hay que leen en los autobuses, en la cama o sentados en el váter. Otros devoran libros mientras comen, a la vez que ven la tele (es difícil, sí, pero puede conseguirse) e incluso cuando atienden a cosas que se supone que son importantes. Sin embargo, existen pocas personas que se queden sentadas las veinticuatro horas del día leyendo justo en el mismo sitio. Las hay, es cierto, pero dudo que tú seas una de ellas.

De todas maneras, para sentirte a salvo mientras lees esta historia lo mejor es que sigas este consejo: cambia de ubicación cada cierto tiempo. Es más o menos lo que

hace la familia F., y precisamente de eso trata su secreto: la familia F. es una familia que vive escondida. ¿De quién? Mejor no revelemos eso todavía. Ya te he dicho que cuantos menos detalles sepas, mejor para ti. Te arriesgas a que también te persigan.

La familia F. (no te diré el apellido, no se te vaya a escapar) es la familia de Lucas y Fiona. Los dos son hermanos y, aunque se llevan muy poco entre sí, entre ellos hay grandes diferencias. Te pondré un ejemplo: si Lucas alguna vez se topara con tres suspensos en su boletín de notas, pensaría que al menos ha aprobado el resto. Fiona, en cambio, se llevaría un berrinche tan terrible que le duraría los tres meses de verano. Así son Lucas y Fiona, tan diferentes y tan peculiares.

Pero empecemos por el principio. La primera vez que la familia F. tuvo que cambiarse de sitio, ninguno tenía muy claro lo que iba a pasar. Todo empezó un día en el que Fiona y Lucas volvieron a casa del colegio y sus padres les anunciaron que tenían que mudarse. Nada más. Ninguna otra explicación.

Entenderás perfectamente la sorpresa. Ni Lucas ni Fiona acababan de creerse lo ocurrido. Pero pronto vieron



que la noticia iba en serio cuando Maya, su hermana mayor, y Ginebra, la abuela, empezaron a cuchichear en el cuarto mientras hacían las maletas.

Normalmente, cuando la abuela y Maya cuchicheaban, Fiona prestaba poca atención. Lucas, ninguna. Sin embargo, aquel día los dos estuvieron muy atentos por si pillaban alguna palabra de la conversación:

- 12      —Chchchchch, es increíble, chchchchchc.  
          —Chchchchch no quieren decir nada chchchch, no lo entiendo, chchchch.



—Chchchchch, ya le dije a tu madre cuando se casó chchchch, pobre hombre, chch.

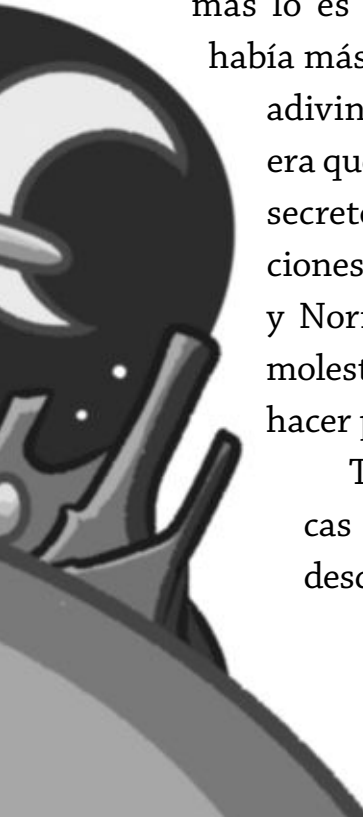
—Chchchchch... chchchch..., ¿qué es ese ruido?

Lucas y Fiona se retiraron inmediatamente del pasillo. No habían conseguido sacar nada en claro. Y de sobra es sabido que los rumores que vienen de rumores son menos fiables que un billete falso. Aquella misma tarde, los seis se metieron en el coche y pusieron rumbo hacia lo desconocido.

13

Sabemos que la curiosidad es más grande cuanto más lo es el secreto. Pero es que en este caso no había más información. Lo único que Fiona y Lucas adivinaron por la conversación de sus padres era que tenían un pueblo y una dirección (ambos secretos). Debían llegar allí y esperar instrucciones. Poco más pudieron extraer de Lorenzo y Norma, aparte de que estuvieran callados y molestaran solo lo imprescindible, como parar a hacer pis.

Tras una noche entera de viaje, Fiona y Lucas se desperezaron a la mañana siguiente y descubrieron que el coche ya estaba aparcado.



Habían llegado a su destino. Apenas habían atisbado un resquicio del pueblo a través de las ventanillas, pero parecía bastante prometedor. La abuela Ginebra los espabiló y los llevó hasta el porche de una pequeña casa de madera. También parecía intrigada por lo que fueran a encontrarse.

14 Cuando Norma abrió la puerta y echó un vistazo al interior casi se muere del susto. En aquella casa había tantas goteras y humedades que podía haber pasado por un colador gigante. Pensó que se trataba de una broma. El problema era que a su alrededor nadie se reía.

Lucas y Fiona permanecieron muy quietos pensando qué decir. Pero es que ninguno estaba acostumbrado a ese tipo de situación: la situación de tener que mudarte de casa porque algo grave ha ocurrido. Algo tan grave que nadie quiere o puede contarte.

Fue en ese momento cuando Fiona reclamó algún tipo de explicación. Hasta entonces todo habían sido excusas, evasivas, respuestas como «ahora no, Fiona» o «voy a cargar el coche». Fiona se dijo que ya había aguantado demasiado. Normalmente los padres están acostumbrados a que los hijos no rechisten cuando las cosas son *por su*

*bien*. Pero en aquel caso, en el que tanto misterio la había obligado a alejarse de su casa, de su colegio y de sus peces de colores, Fiona creía merecer algo más de información. Así que pensó que ya estaba bien, se colocó delante de sus padres y exigió una respuesta cruzándose de brazos:

—Bueno. Se acabó. Ya estoy cansada. Me parece que deberíais explicarnos de qué va todo esto.

Fiona miró al resto de los miembros de su familia. Hasta ese momento, la abuela, Maya y Lucas habían estado observando las humedades del techo, aunque se concentraron de inmediato en el centro de la sala al ver que Fiona había decidido iniciar el interrogatorio. Lorenzo miró a Norma y, para desgracia de Fiona y del resto de sus hijos, los dos se encogieron de hombros.

—Verás, es que... no podemos contaros nada —respondió Lorenzo.

—¿Cómo? —se indignó Fiona.

—Es la verdad. Solo podemos deciros que algo inesperado ha ocurrido, que es secreto y que por ese motivo tenemos que ocultarnos.

El resto de los F., incluida la abuela, se miraron los unos a los otros. Aquel silencio era demasiado incómodo.



Y era urgentísimo que alguien lo rompiera e insistiera en el asunto de extraer información.

—Pero... no lo entiendo, papá —intervino, al fin, Maya—. Tú siempre has dicho que jamás nos mentirías.

—Y no os miento.

—Entonces, ¿por qué no nos cuentas lo que pasa? —insistió Fiona.

16 —Porque está prohibido.

—¿Prohibido? ¿Por quién?

El timbre de la puerta sonó de un modo desafinadísimo. Como si alguien lo hubiera pinchado con un abrecorchos y su voz estuviera agonizando. Puede que aquella llamada de timbre afónico llegara en el momento más adecuado.

Lorenzo corrió hacia la puerta y, tras mirar concienzudamente por la mirilla (una mirilla llena de mugre, por cierto), abrió con sigilo la hoja de madera y preguntó quién era.

No hubo tiempo para más. La figura que acababa de personarse ante la entrada de la nueva casa de los F. empujó la puerta principal y la abrió de par en par. Cualquiera hubiera esperado que un gigante estuviera a punto de entrar en la casa. Pero no fue así. Se trataba de una



chica menuda vestida con un traje gris de corte perfecto y con un rictus tan estirado como su peinado. Lucía un moño atravesado con una especie de palo y, por el modo en el que levantaba su barbilla, no estaba claro que fuera a dar muchas explicaciones. Tras analizar a todos los F. con sus ojos pequeñitos, relajó su rostro y llevó la mano hacia uno de los interruptores de la luz para comprobar su estado.

—Vaya, no funciona. Tendré que apuntar esto en la lista de reparaciones.

La mujer desplegó su carpeta, tiró del palo de su moño y Lucas y Fiona se sorprendieron al ver que se trataba de un boli. La mujer lo empleó para escribir en los papeles que llevaba consigo. Después, una vez que el asunto del interruptor quedó convenientemente anotado, avanzó hasta la mitad de la estancia tras cerrar la puerta.



—Buenos días —saludó—. Soy la Agente Z. La Agencia me ha adjudicado su expediente. ¿Han podido acomodarse?

—¿Cómo? —Lorenzo, que aún estaba noqueado por aquella visita, respondió con un hilo de voz. Al ver su reacción (o más bien la ausencia de ella) la Agente Z se recolocó la chaqueta, resopló y le miró muy seria a los ojos.

18 —La Agente Z. Su enlace con la AAA. La encargada. Le pregunto si han podido instalarse y si la casa está a su gusto. ¿Han hecho las comprobaciones?

—¿Las comprobaciones?

—Sí, la lista de comprobaciones que hay que hacer en cada nueva vivienda. Es un protocolo muy estricto. ¿No la tienen? Oh, madre mía. No me puedo creer que no se la hayan enviado.

La Agente Z volvió a abrir la carpeta, rebuscó entre las hojas y anotó de nuevo, evidentemente molesta.

—Disculpen el embrollo —añadió—. En general, cuando se abre un nuevo expediente se hacen muchas comprobaciones, pero su caso ha sido tan inesperado que no hemos tenido tiempo de controlarlo todo. Les pido disculpas en nombre de la AAA.

—¿La «AAA»? —preguntó Lucas.

—En efecto, la AAA —respondió la Agente Z—. ¿Aún no sabéis quién os protege?

Fiona, Lucas, Maya y la abuela negaron con la cabeza. Al verlo, la Agente Z puso los ojos en blanco.

—En fin. Qué le vamos a hacer. Para eso estoy yo aquí.

\* \* \*

19

Lorenzo y Norma se disculparon diciendo que hasta ese momento no habían sabido qué contar y qué no. La situación era tan delicada que no querían meter la pata. La Agente Z los miró sin pestañear y, tras haber escuchado sus argumentos, asintió con la cabeza.

—Bueno, es comprensible —claudicó—. Lo único es que tendré que dar la explicación exprés, ya que voy mal de tiempo. Aún me quedan dos familias por acomodar. Por favor, tomen asiento mientras busco la hoja de exposiciones. ¿Tienen un vaso de agua?

Norma cayó en la cuenta de que aún no habían abierto un grifo desde que habían llegado a la casa. Acompañó a la Agente Z a buscar la llave de paso mientras el resto



de los F. se sentaban en la mesa del comedor, ansiosos por saber más.

—Bien —carraspeó la Agente Z una vez que Norma le dio un poco de zumo del viaje, ya que el agua del grifo salía marrón—. Necesito que estéis muy atentos, pues de todo esto depende vuestra protección. Es primordial que entendáis que el trabajo de la AAA es muy importante.

20 Fiona iba a preguntar otra vez por la dichosa AAA, pero la Agente Z se adelantó a cualquier comentario. Ya estaba dispuesta para empezar la exposición:

—La AAA, la Agencia de Asuntos Anónimos, es la entidad designada para protegerles.

La Agente Z acababa de colocar su boli en el centro de la mesa y un haz de luz proyectó una presentación en la pared del salón con el logo de la AAA encabezando las imágenes.

La agente chascó los dedos para avanzar de página.

—Nuestra agencia se encarga de prestarles los servicios necesarios: protección, alojamiento, manutención y todo lo que pueda necesitar cualquier familia acogida por nuestro programa.

Fiona levantó la mano, ansiosa.

 AGENCIA DE  
ASUNTOS  
ANÓNIMOS



—¿Sí, Fiona?

—A ver, todo esto está muy bien, pero yo quiero saber...

—... quieres saber por qué estás aquí —le cortó la Agente Z—. Sí. Llegaremos a eso más adelante. De momento continuaremos con la presentación. Por favor, no interrumpas.

22 La Agente Z chascó los dedos de nuevo y la imagen cambió sobre la pared.

—Decía que la AAA proporciona todo lo necesario para que sus vidas avancen del mejor modo posible. No solo un entorno seguro, sino también, y esto es lo más importante, nuevas identidades.

—¡¿Nuevas identidades?! —exclamó Lucas—. ¡Qué guay!

Al ver que la Agente Z le lanzaba una mirada furibunda, Lucas se tapó la boca con las manos. Fiona, en cambio, no estaba tan emocionada. Si aquel juego se debía a una inocentada, sus padres se estaban pasando de la raya.

—Como iba diciendo... —continuó la Agente Z—, en cada caso nos ocupamos de facilitarles unas nuevas identidades que les ayuden a pasar desapercibidos. Es

fundamental que empiecen desde ahora a estudiarlas y memorizarlas, ya que las carpetas desaparecerán al cabo de unas horas.

—¿Se autodestruyen?! —preguntó Lucas de nuevo.

—¡No! —La mujer elevó las cejas tras aquella pregunta tan estrambótica—. Debéis quemarlas en la chimenea.

La Agente Z abrió de nuevo su archivador y extrajo cinco carpetas que repartió entre los miembros de la familia F. En la portada de cada ficha se leía el nombre de cada uno de los F. acompañado de su foto.

—Deben entender que la discreción es fundamental —insistió la Agente Z—. Sus vidas dependen de ello. Mandíbula está al acecho.

Fiona sabía que no debía interrumpir de nuevo, pero los agujeros de su nariz se abrían tanto que la Agente Z decidió atender sus dudas.

—Mandíbula es la organización maligna que persigue a vuestro padre —explicó—. Lorenzo está en una situación muy comprometida y lo mejor para él y para vosotros es que permanezcáis ocultos hasta que el asunto se aclare.



—Si es que llega a aclararse... —apuntó Norma con un murmullo.

—Papá, ¿qué has hecho? —preguntó Maya.

—¿Has matado a alguien?! —exclamó la abuela.

—Qué fuerte —exclamó Lucas—. ¿Cómo lo hiciste? ¿Le disparaste? Cuéntanos la verdad.

24 —Vuestro padre no ha hecho nada malo. —La Agente Z clavó los ojos en Lucas y su imaginación—. Lorenzo no tiene culpa de nada. Digamos que tuvo la mala suerte de estar en el momento y en el lugar equivocados.

—Sí, ¿pero en qué lugar y en qué momento? —insistió Fiona—. ¿Qué es lo que pasó?

—Lo mejor para vosotros es que no sepáis más —zanjó la Agente Z al ver que la curiosidad de Fiona no tenía freno—. Debéis entenderlo. Cuantos más datos conocáis más grande será el peligro. Corréis el riesgo de contárselo a alguien y entonces todo se desbaratará. No sé si sois conscientes, pero el que permanezcáis seguros aquí requiere muchísimo trabajo.

—¡Pero nosotros no vamos a decirlo! —exclamó Fiona mirando alrededor para sentirse apoyada—. ¡Prometemos no contar nada!



—Querida..., a veces la información se revela sin que una sepa que lo ha hecho —respondió la Agente Z—. ¿Acaso no sabes que el mejor modo de guardar un secreto es no contarlo a nadie? Cualquier resquicio, cualquier grieta puede ser el inicio de un derrumbe. Lo mejor es no arriesgarse.

Fiona se quedó muy decepcionada con esa respuesta. Aquella desconocida se creía con el derecho de decidir sobre sus vidas. Algo que le pareció muy injusto. ¡Ni siquiera era parte de su familia! Al menos confiaba en que el contenido de su carpeta fuera agradable.

25

—Pasemos a repasar las identidades —sugirió la Agente Z consciente de lo que sucedía en la cabeza de Fiona—. He conseguido dos empleos, una plaza de instituto y dos en el colegio. No he podido encontrarle un puesto, señora Ginebra, pero hay muchas actividades en el centro de cultura entre las que podrá elegir la que mejor prefiera.

La Agente Z rozó su moño para asegurarse de que ningún cabello se escapaba del peinado. Fiona pensó que debía de haber madrugado muchísimo para haber llegado hasta allí tan arreglada y a tiempo. Seguro que estaba cansada.



—Tengan en cuenta que poner en marcha su expediente no ha sido fácil, dada la urgencia —continuó, por su parte, la Agente Z—, así que espero que sean comprensivos. Comenzaremos por Lorenzo. A partir de mañana será jardinero en la unidad de medio ambiente del pueblo.

26 Todos abrieron mucho los ojos excepto Lorenzo, que los guiñó para leer lo que ponía en su ficha. La Agente Z continuó:

—Al principio solo realizará tareas sencillas: limpiar hojas, regar... No importa que no sepa jardinería. Verá cómo le gusta. Además, piense que la primavera está al caer.

Lorenzo ladeó la cabeza y asintió conforme. Un empleo a la luz del día contrastaba bastante con su trabajo anterior. Así que sonrió, satisfecho. Después la Agente Z se dirigió a Norma.

—En su caso ha sido un poco más complicado. Sé que su perfil encajaba mejor con otro tipo de trabajo. Pero entienda que en un pueblo tan pequeño...

Parecía que la Agente Z se disculpaba incluso antes de haber explicado nada. Norma decidió abrir la carpe-

ta cuanto antes y, al ver el contenido, su rostro se desencajó.

—¿Una tintorería?!

—Así es. —La Agente Z chascó la lengua—. Sé que puede resultar poco estimulante. Pero ya valoraremos un cambio en el futuro. Piense que a veces los trabajos mecánicos son mejores: suelen ser más tranquilos.

—¿Más tranquilos?! —protestó Norma—. ¡Lo que son es un muermo! Yo necesito acción, adrenalina, ¡objetivos!

27

Lorenzo apoyó la mano sobre el antebrazo de Norma.

—Cariño, tal vez te venga bien descansar un poco. Estos últimos meses has estado muy estresada.

Norma no estaba dispuesta a claudicar.

—Ah, muy bien. Perfecto —respondió—. Si eso es lo que piensas, ¡cámbiame el trabajo! Yo corto arbolitos y tú lavas ropa. ¿Te gustaría?

La Agente Z se llevó los dedos al puente de las gafas y suspiró en un intento de guardar la calma. Sabía que aquellas cosas podían pasar. Se lo habían advertido en la academia un montón de veces, y ahora, que el caso era real, se encontraba de golpe con todos aquellos



inconvenientes. Decidió aplicar los argumentos que les habían hecho memorizar de corrido cuando estudiaron el manual.

—Las identidades están personalizadas y es imposible cambiarlas —explicó—. Un grupo de expertos trabaja concienzudamente para que así sea. Analizan su perfil y el entorno de cada empleo para que todo encaje lo mejor posible. Confíen, por favor.

Norma torció el morro y cerró la carpeta con indignación. Llegaba el turno de Maya y Lucas.

—En vuestro caso, el perfil es bastante corriente —explicó la Agente Z—. Ir a clase, hacer amistades, relacionaros de manera normal... Eso sí, nada de explicaciones muy detalladas de vuestro origen ni del motivo de la mudanza.

—No podríamos aunque quisiéramos —reprochó Maya.

La Agente Z captó la protesta de la chica, pero prefirió seguir adelante como si no la hubiera escuchado.

—Lo mejor es aparentar normalidad —continuó—. Decir cosas sencillas, como que la familia necesitaba un cambio de aires.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Fiona, un poco indignada por no haber sido incluida en el grupo de sus hermanos.

—Contigo la cosa cambia un poco —resopló la Agente Z. Fiona lo vio venir. Era la misma cara que la Agente Z había puesto con su madre. Esa señora sería muy experta, pero estaba claro que no sabía disimular sus gestos en absoluto.

—En general tienes que hacer lo mismo que tus hermanos. Ir a clase, relacionarte... Aunque hay una pequeña excepción. Debido a tu franja de edad, los alumnos de tu curso han de asistir a unas clases extraescolares en las que participan todos los niños del pueblo. Todos. Sin excepción.

—¿Qué tipo de clases? —preguntó Fiona desafiante.

La Agente Z se colocó detrás de Fiona y abrió su carpeta, ya que ella aún no se había atrevido a hacerlo.

—Se trata de la Hermandad de Niños Laboriosos. Es una institución muy antigua que lleva encargándose del bienestar del pueblo durante años. Hacen tareas de conservación y recaudan fondos para la comunidad.

—¡Anda, qué bonito! —exclamó la abuela—. Seguro que haces muchísimos amigos.



—Sí, claro —asintió la Agente Z—. Lo único es que la temática de las colaboraciones es un poco... tradicional. Simplemente quiero advertir a Fiona de que no debe llamar la atención.

30 Fiona echó un vistazo a la documentación. Los folletos de la Hermandad de Niños Laboriosos no dejaban lugar a dudas: coser, tejer, bordar..., precisamente el tipo de cosas que odiaba y que se le daban tan mal.

—¡Pero yo no quiero ir a clase de punto! —protestó mirando a sus padres—. ¡Eso no me gusta! ¿Por qué tengo que hacerle caso?

—Porque en tus manos está la protección de toda tu familia —la Agente Z habló muy seria—. A veces tenemos que conformarnos. Debes hacer un esfuerzo por amoldarte.

Fiona se cruzó de brazos. Aquel plan de escape le estaba pareciendo una auténtica basura. ¡No había derecho! Sus hermanos tenían un perfil mucho más cómodo que ella. Aquello, sin duda, era discriminación.

La Agente Z resopló y cerró su propia carpeta. Rescató el boli de la mesa, lo desconectó y volvió a pincharlo en el moño.

Al ver que las explicaciones estaban terminándose, Norma tomó el testigo de las protestas, aunque procuró ser algo más suave. No había que olvidar que la Agente Z estaba allí para ayudarlos.

—Esta casa necesita muchas reparaciones —expuso—. Nosotros podremos encargarnos de las cosas básicas, pero hace falta que alguien revise lo serio.

—Sí. Está todo anotado —respondió la Agente Z—. Mandaremos a alguien lo antes posible para que se encargue de la fontanería y del resto de arreglos. Mientras tanto procuren apañarse.

Norma asintió intentando disimular su disgusto. No ganaba nada gritando a la única persona dispuesta a echarles una mano.

31



La Agente Z asintió al ver que todo estaba explicado. Empuñó la carpeta con aplomo no sin antes extraer de su bolso un último objeto.

—Es la llamada de auxilio —explicó a Lorenzo—. Si en algún momento tiene la certeza de que Mandíbula le ha localizado, pulse aquí y nosotros nos ocuparemos.

32 Lorenzo observó el aparato que la Agente Z acababa de entregarle. Se trataba de un reloj corriente, aunque su pantalla era completamente negra. La Agente Z indicó cómo colocar la yema del dedo en el cristal para que el mecanismo quedara activado.

—Es fundamental que entienda que solo debe pulsarlo en situaciones extremas —advirtió la Agente Z—. Si mantiene el dedo aquí durante cinco segundos, pondremos en marcha el código rojo, esto se llenará de agentes y las identidades, así como su tapadera, se irán al traste. Así que no lo olvide: púselo solo en caso de vida o muerte.

—¿Y nosotros no tenemos reloj? —preguntó Lucas, fascinado por el nuevo cacharro.

—De ninguna manera —respondió la Agente Z—. Es un prototipo muy costoso y no hay que olvidar que el perseguido es vuestro padre.



Todos sintieron cierto malestar al oír esas palabras. Por mucho despliegue tecnológico que tuvieran, no había que olvidar que estaban inmersos en una situación difícil. Tanto como para tener que esconderse.

—Ya verán cómo la adaptación es cuestión de días —añadió la Agente Z, ya en la puerta—. Al principio todo es extraño, pero pronto se acostumbrarán. Eso sí. Recuerden lo que les he dicho: mantengan una vida discreta. No deben llamar la atención.

33

Lorenzo aseguró que así lo harían y el resto de los F. asintieron a la vez que él. La Agente Z se quedó conforme y bajó los peldaños de la entrada en dirección a su vehículo.

Mientras la veía marchar, Fiona comprendió que si quería enterarse de lo que sucedía con su padre tendría que averiguarlo por sí misma. Estaba claro que no le quedaba otra opción y que tendría que maquinarse un plan. Aunque meditó todo eso en silencio, claro. Disimuló agitando la mano para que nadie se enterara de que su cabeza pensaba todas esas cosas.

La Agente Z, por su parte, aguardó a que el último de los F. cerrara la puerta antes de introducirse en su coche.



Tras hacer todas las comprobaciones y asegurarse de que la acera estaba libre de peligro, lanzó el archivador sobre el asiento trasero y revisó el aspecto de su moño en el espejo retrovisor. Después liberó un suspiro. Se sentía aliviada por haber sobrevivido a la primera familia del día. El caso de Lorenzo era bastante enrevesado. Se trataba de un nivel 5, una catalogación que englobaba los expedientes más peligrosos. Era todo un reto profesional y se dijo a sí misma que estaría a la altura. Quién iba a decirlo: su primer día en la AAA estaba saliendo mejor de lo que habría pensado.